

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8259

DIARIO DE LA NOCHE

TELEFONOS NUMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico o letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. G. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Viernes 17 de Mayo de 1889

CANTARES

El chocolate de El Barco
Lleva cromos de Peral
En cada libra va uno
Pídido si no os lo dan.

Las latas iluminadas
Causan gran admiración
Por sus cromos recordadas
Y lo preciosas que son.

Tendero del alma mía
Mira si tienes conciencia
Y no me quites los cromos
Que dá El Barco de Valencia.

Estos ricos chocolates se venden en latas iluminadas que contienen 6 paquetes una, del precio de 5, 6, 7, 8, 10 y 12 reales paquete; pídido en todos los ultramarinos y confitería de los Sres. García y Pareja.

Representante General en la provincia de Murcia para las ventas al por mayor, Benigno Sánchez Risueño, Caridad 3 Cartagena.

Véase en la 4.ª plana el anuncio *Gran Exito*

CURA inmediatamente toda diarrea (de los niños y de los viejos), de las tisis, de los niños, Colera, Tifus, **Disenterias**, Vómitos (de los niños y de las embarazadas), Gástricos y tóxicos del estómago.
BISMUTO Y CERIO VIVAS PEREZ
DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

EL GOBERNANTE.

Hay pocas cosas tan difíciles como gobernar un pueblo.

Y, sin embargo, los gobernantes forman un número extraordinariamente alto.

Muchos piensan que con un poco de talento, el manejo de unos cuantos negocios en el Ayuntamiento de la tierra natal, cuatro sueltos en los periódicos y un discurso en las Cortes, se tiene ya más que bastante para ocupar dignamente un puesto en el Gobierno.

Así estamos de bien gobernados.

Y como, por añadidura, se cree que todos sirven para todo, resulta que ni el ministerio se hace para un ministro, ni el ministro se hace para un ministerio.

Y así estamos también de adelantados en todos los ramos de la administración pública.

Para ser gobernante, se necesita en verdad, muchas cosas, especialísimas dotes, excepcionales condiciones, poco comunes circunstancias.

Competencia y honradez; en estas dos cualidades se pueden resumir los requisitos indispensables de un hombre de gobierno.

Pero ¿cuánto y qué grande y qué raro se encierra en cada una de esas dos cualidades!

La competencia supone edad, experiencia, mundo, talento, oratoria, ciencia, estudio y toda especie de cultura social.

La honradez supone patriotismo, integridad, rectitud, independencia, dignidad de carácter, pureza de costumbres, castidad de conducta.

El que gobierna debe ser modelo, en todo, para los que son gobernados porque

cuando el súbdito se siente más apto y más bueno que el jefe, el súbdito desprecia interiormente al jefe, discute sus órdenes, observa en su ánimo impulsos hacia la desobediencia, acaso desobedece.

En cambio, cuando se reconoce competencia y bondad superiores en el que manda, los que obedecen, obedecen con satisfacción, con orgullo y con honra.

Las altas prendas de un gobernante, las pruebas de acierto que vaya dando, serán siempre motivo de una confianza ciega, de una tranquilidad absoluta para los pueblos. Pero el pueblo que está gobernado por quien da pruebas de no tener ni aquellas prendas ni aquel acierto, teme por su seguridad, teme por su bolsillo, teme por su sosiego, está, en fin, como el que espera todas las plagas.

Un gobernante necesita, antes de ponerse a gobernar, haber hecho un estudio detenido y profundo de la ciencia política y de la administrativa.

Debe conocer su país palmo por palmo, persona por persona como si dijéramos

Ha de tener un sistema bien elegido, un plan bien hecho y unas convicciones indestructibles.

Por nada del mundo ni de fuera del mundo puede consentir en obrar contra su conciencia ni contra su creencia, aunque hubiera de resultar la mayor suma de bienes imaginables.

La delicadeza más extremada en la cuestión de los intereses debería ser siempre la regla de su conducta. Comiendo de su trabajo, haría una cosa justa; arruinándose por la patria, haría una cosa bella. En el primer caso, quizá quedase pagado; en el segundo caso, la patria sería eternamente su deudora.

Los honores, las reverencias, las visitas, los ruegos, la celebridad, son otros tantos halagos para el que manda, pero el buen gobernante nada de eso necesita, nada de eso busca, acaso nada de eso le corresponde.

Pues ¿quién es el amo? ¿No es el ama la sociedad que, para que la gobierne y le administre los intereses, delega sus poderes en aquel que juzga a propósito. El gobernante es, por lo tanto, un servidor de la sociedad.

El reparto de los destinos es otro gran aliciente para los que ejercen el poder, pero el buen gobernante sabe perfectamente que esos destinos no son suyos, que no puede disponer libremente de ellos, que no puede dárselos a quien le parezca. Los destinos son de la sociedad, y la sociedad manda a su delegado, a su servidor que se los dé a quien deba, no a quien quiera. Así, el que recibe el destino, tiene la convicción de que no se le debe al gobernante, sino que se le debe a la patria; no servirá al gobernante, servirá a la patria.

Para gobernar un pueblo, se necesita, además, trabajar muchísimo. La comodidad, el descanso, los placeres están prohibidos para el que gobierna. A media noche como a medio día, en el día de la fiesta más íntima como en el día más insignificante del año, en la época del frío como en la del calor, el que gobierna tiene que estar trabajando.

Encima de ese trabajo, es indudable que un buen gobernante tendrá todavía el miedo a su propia obra, a su tremenda responsabilidad.

Asombra, en efecto, ver tranquilos y serenos a gobernantes no muy buenos, que tienen en sus manos la suerte de una nación, que contribuyen, aunque sea inconscientemente, a su desgracia, que pueden dañarla, que pueden perderla.

Se ha dicho siempre que el que no sabe gobernar en lo privado, no debe de saber tampoco gobernar en lo público. Así es que, en el que gobierna, hay que exigir un dechado completo de esposos y de padres. Aquel hogar suyo debe ser un santuario, aquella vida suya un espejo, aquella familia suya una demostración viviente de su honradez, de su severidad y de su tino.

Ejemplo debe dar para el vestir modesto, para el comer sobrio, para el tratar afable, para el proceder delicado, para el andar por todas partes sin la menor sombra.

Y no digamos si el que gobierna, para ser bueno, tendrá que guardar respeto a las leyes. Sobre la ley no debe poner ni a su propio padre, suceda lo que suceda, caiga el que caiga, porque el gobernante, como tal gobernante, es como el monje, ni tiene familia, ni aun voluntad.

El buen gobernante no puede tampoco fiarse de nadie ni de nada, pues, aunque admita y pida consejo, ni una determinación ha de tomar mientras no conozca por sí mismo el asunto y no tenga conciencia plena de las razones y de la conveniencia de todo cuanto determina.

Es claro que el que gobierna no puede ser un hombre perfecto, puesto que el hombre perfecto no existe; pero en él ha de resplandecer toda virtud, en él no se ha de notar un solo vicio, y en él ha de ver la patria entera aquella grandeza moral y aquella sencillez exterior, aquellos altísimos méritos, aquel tipo casi sublime del que ha obtenido en justicia la distinción suprema de regir a un pueblo.

Para el que gobierna, en fin, las cualidades son difíciles de reunir, los deberes estrechísimos, la vida penosa, los sacrificios inmensos, la retribución relativamente humilde y la responsabilidad en verdad horrosa.

Si gobierna bien, Dios, su conciencia y la historia le dirán cómo se pagan esos servicios; si gobierna mal, Dios, su conciencia y la historia le dirán como se castigan esos desaciertos.

Comparemos ahora lo que debe ser el gobernante, según las ideas ligeramente apuntadas, y lo que suele ser en nuestra misma patria, y convengamos en seguida en que de gobernantes estamos perdidos.

En verdad que de sociedad no estamos ganados. Acaso tenemos la que merecemos.

Variedades.

Solución al logogrifo del número anterior:

CALABAZA

Charada.

Mi primera es consonante:
en la sala principal

tengo dos tres y mi todo
es un signo musical.

La solución en el número próximo.

TODOS MAESTROS

Los adelantos recorren todas las esferas sociales.

En todo se refleja la acción del progreso.

Quince días de aprendizaje, en estos tiempos modernos, dan el diploma de maestro a cualquier hijo de su madre.

Hoy no se encuentra un discípulo aunque se busque con un candil.

Todos somos maestros, porque sí, y.... basta.

Entra cualquiera en un taller de sastrería: llama al maestro, y hasta el filiputiense aprendiz, mira al recién llegado, creyendo todos que aluden a ellos.

El operario más humilde en cualquier oficio, pone una tablilla que dice «Fulano de tal, maestro de idem» y con una tranquilidad pasmosa admite encargos que luego cumple como Dios quiere.

Está visto: todos queremos estar en la altura, y los bajos están desocupados.

Los antiguos creían que sin cimientos no era posible edificar: los antiguos eran muy cándidos, hoy se fabrica un ingenio solo con decir «¡hágotes!».

En mi pueblo hay un relojero, maestro por supuesto, que está muy torpe en conocer la hora, pero eso no le quita el que le honren con su confianza todos los propietarios de relojes, que son muchos, porque hoy vivir sin saber la hora en que se vive, es un atraso que se da de mociones con la cultura de los pueblos.

Hay un maestro de obras, que en otros tiempos nadie lo hubiera admitido ni aun por discípulo, el cual es rara la pared que levanta que no se venga guarda abajo, antes de concluir.

Existe un director del único periódico, que hay en mi pueblo, que dispone con bastante tino todo lo concerniente a la publicación.

Si señor: lo mismo le da él poner Juan con J mayúscula que con j minúscula: igual es en su concepto poner contar que contal y tan lo mismo le da oír decir ahora que bautizarla él de agora.

Peró tiene unas tarjetas para los días clásicos del año con su nombre, sus dos apellidos y su correspondiente título de Director de etc., etc.,

Por allí verán ustedes si van algún día, un maestro de música bajo su palabra de honor, que es un encanto.

Este maestro ha pasado su vida enseñando a tocar el piano, sin cuidarse de aprender él el mecanismo de tan generalizado instrumento, y da gozo oír a cualquiera de sus discípulos.

El tal maestro no ha salido jamás del pueblo, ni en él ha oído cantar más que cada 10 años si por casualidad ha pasado alguna artista; fuera de esto, como no haya sido a una cabenera que tiene encerrada en una jaula en su comedor no ha oído más.

Con tal método de canto, no extrañarán Vdes. que sus discípulas las dos hijas del boticario, que según sus respectivos novios aseguran, posean voces argentinas cuando les dieron el sé amoroso (no el musical) sean viejitas hoy de pertinaces laringitis, incurables apesar de la ciencia de su médico. Sr. Tirafirme y de los activos medicamentos que prepara el papá de las malogradas Paltis.

Una sola escuela, hay por allí, y su maestro enseñará bien, pero púedo asegurar que él dice haiga, Palmona, Virguetas, Taibique y